


V. SUÁREZ
PRECIADOS 48
MADRID



EDUARDO ZAMACOIS

PRESENTIMIENTO

DRAMA EN UN ACTO

BIBLIOTECA HISPANIA
Cid, 4.—Madrid
1916

PRESENTIMIENTO



Imp. de V. Rico.-Paseo del Prado, 28.-MADRID

DEDICATORIA

A José Tallaví.

Gran «señor del gesto»; cuyos ademanes—que leen entre líneas—tienen la exactitud y la espiritualidad de la palabra.

E. Z.

EDUARDO ZAMACOIS

PRESENTIMIENTO

DRAMA EN UN ACTO

Estrenado en el Teatro Infanta Isabel
la noche del 7 de Enero de 1916



BIBLIOTECA HISPANIA
CID, 4.—MADRID
1916

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA MUERTE.........	Sra. Siria.
ELISA (30 años).......	» Gámez.
CARMEN (30 ídem)...	Srta. L. Heredia.
ROSA (joven).........	» Villanova.
D.ª MARÍA (40 años)..	Sra. Anaya.
BRAULIA (ídem íd.)..	Srta. Rodríguez Muñoz.
JUAN LUIS (35 ídem).	Sr. Tallaví.
D. MIGUEL (50 ídem).	» Requena.
VICENTE (25 ídem)..	» Navas.

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA E IZQUIERDA, LAS DEL ACTOR

ACTO ÚNICO

La acción en una villa u hotel de los alrededores de una capital provinciana. A la izquierda, y bañado en luna, un ventanal, cuyas hojas estarán abiertas, sobre la fronda del jardín. Una puerta a la derecha y en primer término. Puerta al fondo, y junto a ella un antiguo reloj de caja. Entre esta puerta y el reloj, una silla. El moblaje, sobrio y recio: provinciano, en suma. Dos o más baúles, unos cerrados, otros abiertos, y sobre las sillas, notable cantidad de vestidos de teatro, sombreros, etc. Teléfono. Un costurero. Noche de verano. Al comenzar el acto, el reloj que hay en escena marcará las nueve menos cuarto. Luego, por detrás del foro, y empleando cualquier artificio, se le hará avanzar de modo que al concluir la obra señale las diez exactamente.

ESCENA PRIMERA

ROSA Y BRAULIA

Van guardando cuidadosamente las ropas en los baúles.

BRAULIA

¿Es posible que la señora se haya puesto todos estos trajes?

ROSA

Todos.

BRAULIA

¡Madre!...

ROSA

Pero no una vez, sino muchas. Y no hablemos de los que ha roto.

BRAULIA

¡Madre!... Todavía tengo yo intacto el vestido con que me casé.

ROSA

¿Hace tiempo de eso, Braulia?

BRAULIA

Va para treinta años. No habías tú venido aún al mundo.

ROSA

¡Trae acá! Eso no se dobla así.

BRAULIA

¿No quedamos en ponerlos del revés?

ROSA

¿Y las mangas, torpe? ¿No comprendes que según tú lo haces las mangas se arrugan?

BRAULIA

¿Como cuántos trajes tendrá el ama?

ROSA

Pasan de doscientos.

BRAULIA

¡Doscientos!... Señoras conozco en la ciudad, y señoras ricas, que

no habrán estrenado en toda su vida más de una docena.

ROSA

Las artistas gastan mucho en trapos.

BRAULIA

¡Lo que nunca hubiese creído!

ROSA

. Porque una mujer de teatro es cada noche una mujer distinta, y claro que necesita vestirse conforme al tipo que representa. ¿Tú comprendes, Braulia?

BRAULIA

Claro que comprendo.

ROSA

¡Hola, hola!... Una mancha... Este traje lo pondremos aparte.

BRAULIA

¿A que piensas quedarte con él?

ROSA

Justamente.

BRAULIA

¡Bonito es!

ROSA

Y bueno.

BRAULIA

Seda pura.

ROSA

Lo que el ama desecha, me lo llevo yo.

BRAULIA

Así vas de bien vestida, que cuan-

do llegásteis aquí las dos, mi Ecequiel no sabía si el ama era doña Elisa o eras tú.

ROSA

Es muy buena el ama; yo la quiero, que por ella me dejara partir en pedazos.

BRAULIA

Yo también; y como yo, mi Ecequiel; que es doña Elisa de esas personas que, antes de que lo adviertas, la tienes dentro del corazón. Cinco meses hace que la conocemos y todavía no se ha disgustado con nadie.

Transición.

Dicen que... ¿Eh?

ROSA

No sé.

BRAULIA

Vamos, que si había tenido... y por eso os habíais retirado a vivir aquí... ¿Entiendes?... Y que a ella no la convenía que se supiese.

ROSA

¿Que se supiese, qué?

BRAULIA

¡Dale! Que estábais aquí... Pero que se ha descubierto... Más claro: que lo ha descubierto cierta persona, y que por eso os marcháis.

ROSA

Yo no entiendo lo que dices, ni quiero entenderlo.

BRAULIA

Es un hablar, mujer.

ROSA

Un hablar indiscreto.

BRAULIA

Perdona...

ROSA

Si es por hablar, hablemos del tiempo. La señora no se va a América huyendo de nadie, sino porque la han contratado.

BRAULIA

Eso es lo que ella ha dicho.

ROSA

Y lo que a nosotras debe bastarnos.

Pausa.

BRAULIA

¡El mundo que vas a correr, Ro-

sa!... Mi Ecequiel, de mozo, también quiso irse a Buenos Aires de emigrante; pero luego se lo quitaron de la cabeza y aquí nos quedamos. Yo creo que hizo mal.

ROSA

Nadie sabe si hace mal o si hace bien en lo que hace, Braulia. Tu marido pudo marcharse a América y volver rico, y pudo marcharse y no volver...

BRAULIA

Así es.

ROSA

A mí me gusta viajar, pero no siempre. Aquí, en esta casa, me sentía muy contenta, muy tranquila... ¡Cómo ha de ser! Hay que irse... En fin: nosotras no hemos concluído

nuestra faena, y los señores me parece que terminaron de cenar.

Escuchan.

BRAULIA

Sí.

ROSA

¿Acabaste de planchar las sábanas?

BRAULIA

¿Pero no sabes que no me he separado de la cama de mi hijo en toda la tarde? Esta noche, que su padre irá a velarle, despacharé lo que tengo pendiente.

ROSA

Es preciso.

BRAULIA

Aunque no me acueste.

ROSA

Seguramente nos marcharemos mañana... ¡tú verás!

BRAULIA

¿No te digo que aunque no me acueste?...

ROSA

Vámonos. ¡Quítate ese delantal, no te vean con él!...

BRAULIA

Obedeciendo precipitadamente.

Voy, vámonos...

Se detienen para dejar paso a los personajes que entran por el foro.

ESCENA II

ELISA, CARMEN, DOÑA MARÍA,
DON MIGUEL, VICENTE

ELISA

¿Ven ustedes?... En este saloncito hubiésemos podido tomar el café mejor.

VICENTE

Es lo mismo, doña Elisa.

Lleva un gran rollo de papeles que dejará sobre una silla.

DON MIGUEL

Lo esencial para nosotros era esta cena de despedida a que ha tenido usted la bondad de invitarnos.

ELISA

Siéntense ustedes. Hemos sido pocos, pero selectos.

A doña María.

Aquí estará más cómoda.

DOÑA MARÍA

Gracias; en no habiendo corrientes de aire...

CARMEN

Siga usted, don Miguel, con su historia.

ELISA

¡Supersticiosa!...

CARMEN

Un poco, no puedo negarlo. ¿No lo eres tú también?

ELISA

De noche, nada más.

DON MIGUEL

Supersticiosos somos todos.

DOÑA MARÍA Y VICENTE

Todos.

DON MIGUEL

La única diferencia real entre los supersticiosos y los que alardean de desaprensivos es que los primeros confiesan su debilidad, y los segundos no.

ELISA

Indudable.

DON MIGUEL

Claro es que dentro del sentimien-

to supersticioso existen—según decíamos antes—clases, jerarquías: creer, verbigracia, en el maleficio del número trece o de la sal volcada, o del paraguas que abrimos dentro de una habitación, es ridículo. Pero, junto a esas preocupaciones despreciables, existe una emoción de orden infinitamente más elevado; la sensación irrecusable de algo muy grande, muy arcano, muy negro, que nadie ha visto.

VICENTE

Lo sobrenatural.

DON MIGUEL

No, señor; la palabra no es esa, porque nada sobrenatural existe. Todo es natural y viejo, como el mundo mismo: lo que hay son cosas explicadas, y cosas que siguen sin

obtener explicación; las primeras son las más vecinas de nosotros, y así las conocemos; las segundas se hallan más lejos, y por eso continúan ignoradas, pero todas son números de la misma suma, todas se hallan sujetas a la misma lógica, única y eterna. ¡Yo, hablo en médico!

CARMEN Y ELISA

¿Y la historia?

VICENTE

Luego, al quedarse solas, tendrán ustedes miedo.

CARMEN

No importa.

ELISA

Debemos vibrar, aunque sea de miedo.

DON MIGUEL

Mi historia, de cuya certidumbre respondo porque se desarrolló ante mis ojos, es de las más fuertes, de las más extraordinarias, que he oído contar.

DOÑA MARÍA·

Da frío.

DON MIGUEL

Hace de esto veinte años o más. María y yo todavía éramos novios. Yo acababa de terminar mi carrera y estaba pasando las vacaciones de verano en un pueblecito de esta provincia llamado Torres de Don Juan. Varios amigos y yo habíamos salido a cazar y llevábamos en la sierra cerca de una semana. En esta excursión nos acompañaba un pastor, de nombre Pascual. Era un hombre

cuarentón y muy valiente, que no creía en brujas ni tenía miedo a nada. La escena ocurrió en medio del campo y serían, aproximadamente, las ocho de la noche. Pascual habíase echado a dormir y nosotros estábamos concluyendo de cenar. Bruscamente, Pascual, de un brinco, se levantó, quedóse mirando en una dirección y, al tacto, recogió su escopeta del suelo. Estaba blanco... blanco...; yo, por mi profesión, he visto muchos muertos: pues bien; yo aseguro a ustedes que aquel hombre parecía un cadáver.

ELISA

Con mucha vehemencia.

Es curioso.

DON MIGUEL

Todos, casi a la vez, nos había-

mos puesto de pie y mirábamos hacia donde Pascual tan ávidamente dirigía los ojos. «¿Qué es eso?», le grité. Él repuso, acercándose a mí: «Señorito, por ahí acaba de pasar una mujer.» «¿Y tú, cuando ves una mujer, coges la escopeta?», le contesté. La voz de Pascual se hizo profunda: «Es que esa mujer que ha pasado, es la Muerte, señorito; mi hija debe de estar enferma, señorito, y la Muerte viene a llevársela.» Hablando así, y con la escopeta cruzada delante del pecho, como para tirar, Pascual echó a andar y se fué. Nos miramos todos unos a otros, pensando: «Va dormido; está sonámbulo...» Realmente, querer darle un balazo a la Muerte, es algo que carece de sentido común. Un hecho, sin embargo, nos había impresionado, y fué que, durante esta escena, los cinco o seis perros que

llevábamos empezaron a temblar y a metérsenos entre las piernas.

CARMEN

Incrédula.

¡Don Miguel!

DON MIGUEL

Señoras, yo cuento lo que he visto.

DOÑA MARÍA

Queriendo convencer a Carmen.

Es verdad.

DON MIGUEL

Y diré asimismo—y esto lo recuerdan muchas personas—que cuando Pascual llegó al pueblo, distante diez o doce kilómetros del sitio donde nosotros cazábamos, su hija acababa de morir.

ELISA

¡Admirable historia, en efecto!

CARMEN

Dicen que únicamente los que van a morir ven a la Muerte.

VICENTE

También dicen que los gatos y los perros la ven.

DON MIGUEL

Se dicen muchas cosas, de las cuales lo mejor es no hablar, para no incurrir en delito de vulgaridad. Lo único que puedo asegurarles es que Pascual adivinó, presintió, la muerte de su hija...

DOÑA MARÍA

Se llamaba como yo: María.

DON MIGUEL

Y que ese presentimiento pasó ante sus ojos bajo la forma de una mujer. Ustedes pensarán: «Se comprende que un padre presienta la muerte de su hija. Pero ¿y los perros? ¿También presienten los perros?...» A eso yo respondo: «No sé nada; no me pregunten, porque no sé nada.»

ELISA

Lo que acaba usted de contarnos es alucinante.

A Vicente.

Decía usted bien. Esta noche voy a tener miedo.

DON MIGUEL

No soy espiritista. Las reuniones espiritistas a que he asistido, nada me han enseñado. Creo, sin embar-

go, en la existencia de algo, no sobrenatural, sino invisible, que palpita a nuestro alrededor y nos gobierna.

ELISA

¡Si pudiésemos mirar en lo Invisible! ¿Qué será el presentimiento?... Generalmente, no son las alegrías, sino los dolores, los que se adivinan; esto es muy digno de tenerse en cuenta. Cierta persona me decía una noche, en el teatro: «Estoy triste, Elisa.» «¿Por qué está usted triste?», le respondí. «No lo sé—contestó—; yo creo que me voy a morir.» «¿Se siente usted enfermo?», insistí. Él se encogió de hombros: «Me encuentro perfectamente, y no tengo motivos para andar cabizbajo. ¡Al contrario! Anoche gané en el Casino treinta mil pesetas, y Fulana—aquí el nom-

bre de una mujer—demuestra quererme cada día más. Sin embargo, me voy a morir.» Y se murió, efectivamente, aquella semana, aquel hombre que vendía salud. Los químicos afirman que el mundo es una especie de estómago en digestión perpetua, donde las fuerzas de la Vida y de la Muerte se equilibran y transforman, y así, alternativamente, todo lo que vive, muere, y todo lo muerto, vuelve a vivir. Pero yo pregunto: Si la Vida y la Muerte son dos potencias exactamente iguales, ¿por qué la Vida nunca nos dice nada, y la Muerte, en cambio, nos dice tantas cosas?...

CARMEN

Realmente, todos hemos sentido alguna vez el roce del Misterio: de noche, especialmente.

ELISA

Apenas nos quedamos solos. ¿Quieren ustedes que les diga una verdad? Como a los niños, una puerta entornada me da siempre miedo.

VICENTE

También a mí.

DON MIGUEL

La llamada «otra vida» se desarrolla indudablemente a nuestro lado, pero nuestros sentidos defectuosos no la perciben. Los difuntos no andan escondiéndose por los desvanes, como cree el vulgo; los muertos, de continuar viviendo, andarán a nuestro alrededor. En esta misma habitación, verbigracia, ¿quién sabe si estarán escuchándonos, y quizás riéndose de nosotros, varios muertos?...

VICENTE

Muertos que fueron amigos de usted, doña Elisa, y noticiosos de su viaje, vienen a despedirla.

ELISA

Amigos... o enemigos.

DON MIGUEL

Tampoco creo que los finados prefieran la luna al sol; lo que sucede es que de noche, con la obscuridad y el reposo del mundo objetivo, nuestros nervios se agudizan, y sentimos mejor.

Pausa,

Todos esos fenómenos de que tanto se habla: los presentimientos, los sueños proféticos, las emociones telepáticas, etc., son obra de muertos que, habiendo conseguido acercarse a nosotros, nos dijeron algo.

ELISA

Yo no soy supersticiosa.

DON MIGUEL

Tampoco yo. ¡Pero aquí no hablamos de supersticiones!

CARMEN

A Elisa.

¿Y el número nueve?

ELISA

Mira... no sé... tal vez...

VICENTE

¿Qué número nueve es ese?

DOÑA MARÍA

¿Le tiene usted miedo al número nueve? Yo se lo tengo al siete.

CARMEN

Risueña.

Como yo. ¿El siete?... ¡Lagarto, lagarto!

ELISA

Tanto como miedo, no; pero... vamos... ¿Eh?...

VICENTE

Que si mañana estuviésemos a nueve no se marcharía usted.

ELISA

Puede usted asegurarlo. Mi superstición, o preocupación, o como ustedes quieran llamarla, se funda en una serie de hechos aciagos. Yo nací en un día nueve de Marzo.

DOÑA MARÍA

Esa no es una desgracia.

ELISA

Sí, doña María; por venturosa que sea nuestra vida, nacer es una desgracia. «Debemos llorar a los hombres cuando nacen—ha escrito Montesquieu—no cuando mueren».

DON MIGUEL

Estoy con usted, y con Montesquieu.

ELISA

Mi padre falleció un día diecinueve de Abril y nueve días después mi hermano Pedro. Mi madre murió nueve años más tarde un día veintinueve de Junio.

VICENTE

¡Asombroso!...

CARMEN

A Vicente.

Es verdad, es verdad...

ELISA

Creo que hay motivos para preocuparse...

VICENTE

¿Y en el curso del día la inquieta a usted la hora de las nueve?

ELISA

¿Me lo pregunta usted con ironía?...

VICENTE

¡No señora! Tratándose de usted, soy incapaz...

ELISA

Pues bien, sí; lo confesaré aunque se rían ustedes. Dos veces al día tengo miedo.

DON MIGUEL

¡Ja, ja!... ¡Curioso!..

ELISA

A las nueve de la mañana y a las nueve de la noche.

CARMEN

Ese miedo matutino lo sufrirás pocas veces.

ELISA

Risueña.

Porque la hora fatal la paso durmiendo; ¡búrlate!... Pero si por casualidad me halla despierta ya no

puedo cerrar los ojos hasta que transcurren los sesenta minutos del maleficio. Porque, reparen ustedes: la *jettatura* persiste sesenta minutos; es decir: hasta las diez. Yo, he de morir entre nueve y diez.

Todos ríen.

DON MIGUEL

Eso es una neurastenia, amiga mía, fortalecida por la costumbre de pensar en ella. ¿Qué relaciones pueden existir entre nuestro destino y los números?

ELISA

De acuerdo, doctor: pero, ya verá usted cómo me marcho de este mundo en una hora nona. El tren en que realice «el gran viaje», saldrá de la estación de mi vida a las nueve.

DOÑA MARÍA

Lo lógico es que nosotros no lo veamos.

ELISA

Si acabo de muerte natural, los periódicos dirán: «Ayer a las nueve de la noche— o de la mañana—falleció la distinguida actriz, etc.» Y si sucumbo a mano airada, los médicos, al hacerme la autopsia, certificarán que «el crimen debió de cometerse a las nueve». O a las nueve y cuarto... o a las nueve y media... o a las nueve y cincuenta y nueve...

DON MIGUEL

A propósito de horas, creo que debemos retirarnos ya.

DOÑA MARÍA

Iba a decírtelo: doña Elisa necesita recogerse temprano a descansar.

VICENTE

Es verdad.

ELISA

¡De ninguna manera! ¡No se vayan ustedes!

DOÑA MARÍA

Veo que todavía no ha concluído usted de arreglar su equipaje.

ELISA

De eso Rosa, mi muchacha, es quien se ocupa.

DON MIGUEL

No importa; en vísperas de viaje conviene dormir bien.

VICENTE

Mirando al reloj.

Van a dar las nueve.

ELISA

Mi hora.

Ríe.

VICENTE

No diga usted eso; todos hacemos votos porque «su hora» no suene hasta pasados muchos años.

Todos se levantan.

DON MIGUEL

Doña Elisa...

ELISA

¡Si no quiero que se marchen ustedes todavía! Ese reloj adelanta.

CARMEN

Lo menos nueve minutos.

Con zumba.

ELISA

Lo menos.

DON MIGUEL

Las nueve de la noche en el campo, equivalen a las cuatro de la madrugada en una gran ciudad.

ESCENA III

Los mismos y ROSA

ROSA

Señora.

ELISA

¿Qué hay, Rosa?

ROSA

Ecequiel pide permiso para marcharse.

ELISA

¿Para marcharse, adónde?...

ROSA

La señora ha olvidado que el hijo de Braulia está enfermo.

ELISA

¡Es verdad!...

A don Miguel.

¿Qué tiene?

DON MIGUEL

Unas gástricas de la peor especie. El chico, además, es tan poquita cosa...

ELISA

¿No se salvará?

DON MIGUEL

¡Psch!...

ELISA

¡Qué contrariedad! ¿Y Braulia? ¿Qué hace Braulia?

ROSA

Braulia está planchando, señora; tiene mucho que hacer.

VICENTE

Perdone usted, doña Elisa; si necesita usted algo de mí, yo estoy a su entera disposición. Ecequiel puede irse.

ELISA

Gracias, Vicente.

VICENTE

Disponga usted de mí. Si tiene usted miedo a quedarse sola...

ELISA

¿Miedo? ¡No! Este barrio es muy tranquilo. Me contraría que Ecequiel se vaya... ¡no sé por qué!

VICENTE

Por eso, repito, si usted cree que puede necesitarme...

ELISA

No, no; muchas gracias.

A Rosa.

Dile a Ecequiel que espere; voy a hablar con él.

ROSA

Bien, señora.

ESCENA IV

Los mismos, menos ROSA

ELISA

Entonces, señores, puesto que ustedes se empeñan en dejarme...

DON MIGUEL

Le deseamos a usted un excelente viaje.

DOÑA MARÍA

Y muchas felicidades.

ELISA

Muchas gracias.

VICENTE

Doña Elisa, un pobre provinciano que todavía no es nada, pero que espera ser pintor algún día, la desea muchos éxitos, muchos laureles.

ELISA

Gracias. Está usted conmovido...

VICENTE

Sí, señora; estoy conmovido...

DON MIGUEL

Seguramente usted, en su vida de triunfos, no volverá a acordarse de nosotros. No la acusaremos por ello de ingratitud. Tenga usted siempre la seguridad de que en este pueblo donde su vida errante de artista descansó unos momentos, su belleza y su bondad supieron captarse muy leales amigos.

ELISA

Gracias, gracias...

Emocionada se lleva
su pañuelo a los ojos.

Despedirse es dejar algo atrás, es

morirse un poquito... ¿Ven ustedes? Yo creía que sabía despedirme, y no era cierto. Gracias, doña María...

Besándola.

Yo también les quiero a ustedes; yo, a poder, les llevaría conmigo. Don Miguel... Vicente...

Estrechándoles las manos.
Todos, según se dirigen hacia el foro, cambian palabras cordiales de despedida.

DON MIGUEL

No salga usted.

ELISA

¡Bueno fuera!... Yo les acompaño.

Salen.

CARMEN

Nuestra despedida carece de gra-

vedad: nosotras nos despedimos «hasta mañana».

DOÑA MARÍA

Eso es: nosotras «hasta mañana». Buenas noches.

Vicente sale sin acordarse de recoger sus papeles.

ESCENA V

CARMEN, sola.

Lentamente se acerca al ventanal bañado en luna, y mira al jardín.

En el reloj suenan las nueve.

Carmen volverá la cabeza para mirarlo y contribuir con este gesto a que el sortilegio de las nueve campanadas llegue al público. Después interesa su atención algo que ocurre en el jardín.

CARMEN

¿Qué le sucede a ese animal?... Toma... aquí... ¡toma aquí!

Le llama chasqueando los dedos.

Diríase que tiene miedo... ¡Aquí... aquí!... Es raro... No hay nadie...

Procure la actriz alargar y dar la máxima emoción posible de misterio a este monólogo sin palabras.

ESCENA VI

ELISA Y CARMEN; luego, ROSA

ELISA

Qué buenos amigos son todos, ¿verdad?

CARMEN

Especialmente don Miguel.

ELISA

Quizás hable demasiado; pero es entretenido... divierte...

CARMEN

Y de Vicente, ¿qué me dices?

ELISA

¡El pobre! La pasión que le inspiro le hará desgraciado durante mucho tiempo.

CARMEN

Es un cariño mudo, que ni siquiera se atreve a mirar. ¿Tiene talento ese hombre?

ELISA

¡Quién sabe!... Yo creo que no; no sé... ¿Tú vas a pasar la noche aquí?

CARMEN

Como quieras.

ELISA

¿Serías capaz de hacerme compañía hasta mañana?

Alegre.

CARMEN

Con mucho gusto.

ELISA

¡Cómo te lo agradezco! ¡Eres una santa!

CARMEN

Pensando en que podía serte útil salí de casa dejando acostado al niño, y le dije a mi madre que no me esperase.

ELISA

No es que tengamos nada apremiante que hacer, pero es... El campo entristece de noche, ¿verdad?

CARMEN

¿Se marchó Ecequiel?

ELISA

Sí. Yo pensaba decirle que se fuese mañana, pero le encontré llorando y no me atreví.

CARMEN

¡Pobre hombre!...

ELISA

Otra noche, ¡mira qué tontería! no me hubiese importado quedarme sola; y hoy... Esta noche parece que hay en esta casa más silencio que nunca.

ROSA

Señora: don Vicente pide permiso para entrar.

ELISA

Que entre.

Mutis Rosa.

CARMEN

¿Vicente? ¿Vendrá a suicidarse a tus pies?

ELISA

Calla. Ya sé a qué viene.

ESCENA VII

ELISA, CARMEN Y VICENTE

VICENTE

Perdónenme ustedes, perdone usted, doña Elisa.

ELISA

¿Se le ha olvidado a usted algo?...

VICENTE

Sí, señora: unos dibujos.

ELISA

Aquí los tiene usted.

VICENTE

A no ser porque los necesitaba mañana, a primera hora, no hubiese vuelto.

ELISA

Yo celebro ese olvido, que nos permite retenerle a usted a nuestro lado un poco más.

VICENTE

Muchas gracias, doña Elisa.

CARMEN

Siéntese usted, Vicente

VICENTE

Sentiría molestar...

CARMEN

¡Calle usted, hombre! Usted no incomoda.

ELISA

Es muy temprano.

VICENTE

Las nueve.

ELISA

Todavía, no. Nuestro reloj adelanta.

A lo lejos suena un reloj. Su timbre es agudo.

CARMEN

Ahí están las nueve.

VICENTE

Ese es el reloj de las monjas.

ELISA

Yo sospecho que las monjitas lo eligieron así adrede. Es un reloj femenino; sus campanadas son rápidas, agudas, nerviosas... ¿Verdad? Un reloj con voz de mujer. Por el contrario, el reloj del convento de los frailes es grave, lento...

CARMEN

Una voz de hombre.

ELISA

De hombre gordo; de hombre que

tiene limpia la conciencia y ha comido bien.

VICENTE

Es el reloj mejor de la ciudad. Su hora es la exacta.

Silencio.

Cantan profundas, majestuosas, agoreras, las nueve campanadas del reloj de los frailes. Vienen de muy lejos.

Al mismo tiempo, por la puerta del foro, entra en escena la MUERTE. La artista que interprete este papel deberá componerse una figura delgada y muy alta, e irá disfrazada bajo un espesísimo manto negro. Es indispensable que no descubra nada: ni el rostro, ni las manos, ni los pies, pues cuanto más amorfa o borrosa sea su figura, mayores serán su misterio y su emoción.

Este papel debe encomendarse a una mujer, porque las líneas y los ademanes del hombre son siempre un poco bruscos.

La MUERTE se sienta

junto al reloj, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos, en una actitud de paciencia y acecho. Esta postura, sin embargo, no es indispensable; lo único necesario es que la figura conserve una quietud absoluta, pues nada preocupa tanto como lo que está vivo y no se mueve.

A la MUERTE ninguno de los personajes la ve.

ELISA

No le habíamos sentido a usted llegar; ¿quién le ha abierto la puerta?

VICENTE

Nadie. Es decir, cuando llamé a la puerta de la casa, salió a recibirme Rosa; pero la otra, la del jardín, estaba abierta.

ELISA

¿Quién ha podido abrirla?

VICENTE

A mí me extrañó encontrarla así.

CARMEN

Al marcharse usted con don Miguel y doña María, quedaría abierta.

VICENTE

Indudablemente.

ELISA

¡Pero si Rosa, después que ustedes se fueron, salió a cerrar!...

CARMEN

Lo haría mal: las hojas no estarían bien encajadas, y al echar la llave, el pestillo quedó fuera del cerradero.

VICENTE

Eso es. Yo, al ir a tirar de la cam-

panilla, apoyé una mano sobre la verja, y como ésta cedió, entré.

ELISA

¿Y no han ladrado los perros?

VICENTE

No, señora.

ELISA

¡Eso sí que es raro! ¡Más raro aún que lo de la puerta!

CARMEN

A los perros les sucede algo esta noche. Hace un rato, cuando ustedes salieron, me asomé ahí, y uno de ellos, el *Canelo*, estaba escarbando al pie del rosal.

ELISA

Inmutada.

Mal agüero...

CARMEN

Lo llamé y ni siquiera levantó la cabeza. La gente campesina dice que los perros hacen eso cuando ven algo.

VICENTE

Los animales presienten los cambios atmosféricos: un pastor me contaba que los perros escarban la tierra cuando va a llover.

ELISA

Pero, ¿cómo no le han ladrado a usted? ¡No me lo explico!

VICENTE

Es raro, sí, señora.

CARMEN

¿Le vieron a usted entrar?

VICENTE

Sí, pero no se movieron. Fué una escena muy graciosa. Yo no sé quién tenía más miedo: si yo de ellos, o ellos de mí...

ELISA

¡O yo, de todo lo que están ustedes contándome!

VICENTE

¿Miedo, a qué?

CARMEN

¡Es claro! ¿A qué vamos a tener miedo?

ELISA

No sé; acabo de recibir como un presentimiento...

VICENTE

Está usted nerviosa; no se preocupe usted.

CARMEN

Empezamos a sufrir las consecuencias de la historia de don Miguel.

ELISA

Tal vez, sí...

VICENTE

De cosas de la otra vida no debemos hablar nunca, y menos de noche...

CARMEN

Y es precisamente de noche cuando más se habla...

ELISA

Reconozco que mi inquietud es

absurda, pero mis nervios son más fuertes que yo.

A Vicente, que hace ademán de hablar.

No se canse usted en demostrarme que no tengo motivos para asustarme. ¡Bien lo sé! Pero... ¿y si no puedo dominarme? Toque usted.

VICENTE

Tiene usted la mano helada.

ELISA

A Carmen.

Toca.

CARMEN

Y la cara ardiendo.

ELISA

Soy muy impresionable, muy vehemente...

VICENTE

Muy artista...

ELISA

En estos momentos todo me da miedo. Uno de esos vestidos que resbalase de donde está y cayese al suelo, me arrancaría un grito. Me asustan esos perros que siempre están ladrando y esta noche se han quedado mudos; me asustan esos árboles que se asoman a la galería; esos árboles que vienen de la Tierra, que son como gritos que salen de lo hondo de la Tierra; gritos de cosas que vivieron ya, y, al podrirse, volvieron a vivir...

Pausa.

Siento, además, algo...

VICENTE

¿En la espalda?...

ELISA

En todo el cuerpo.

CARMEN

¿Quieren ustedes callar?

ELISA

No te asustes.

A Vicente.

Pero es... ¿cómo lo diría yo?...

VICENTE

La comprendo a usted muy bien.

ELISA

Como si en esta habitación hubiese un muerto. Dicen que los que van a morir ven la Muerte. ¿Tú no ves nada?

Bromeando.

CARMEN

Muchas gracias.

ELISA

¿Y usted?

VICENTE

Nada, doña Elisa; pero antes de que usted viese a la Muerte—si es cierto que mueren los que la ven—quiero verla yo.

ELISA

Gracias; es usted heroico.

A Carmen.

Ven: voy a examinarte los ojos.

CARMEN

¿Qué haces?

ELISA

Quiero cerciorarme de si en ellos hay algo pintado.

CARMEN

Riendo.

Si lo hubiese no lo digas, que me moriría del susto.

VICENTE

Risueño.

¡Qué ocurrencia!

ELISA

Examinándole a Carmen los ojos.

¿A ver?... Acérquese usted, Vicente; usted, como pintor, tendrá buena vista: ayúdeme a buscar.

VICENTE

El cristal no puede estar más limpio.

CARMEN

¿No tengo nada?

VICENTE

Unos ojos muy hermosos.

ELISA

No tienes nada; vivirás cien años.

CARMEN

¿Y tú?... ¿Y tú?... ¡Ahora soy yo la que examina! Espera.

Ella y Vicente miran.

Tampoco... ¿Ha reparado usted, Vicente, en la extraordinaria luz de los ojos de Elisa?

VICENTE

Sin las pestañas que los sombrean no podrían resistirse.

CARMEN

Es curioso.

ELISA

¿Ves algo?...

CARMEN

Una manchita.

VICENTE

Un reflejo de la luz.

CARMEN

¿Usted la ve también?

VICENTE

Perfectamente.

ELISA

¿Qué es?

CARMEN

Aguarda.

Buscando la mejor luz, obliga a Elisa a mover la cabeza a un lado y otro.

No... no; ahora, no. Es decir...

VICENTE

En esta posición no se ve nada.

CARMEN

No te asustes. ¡Qué gracia! Es una manchita negra que alternativamente aparece y se esconde.

VICENTE

Un reflejo.

CARMEN

¿Ves? Así, no tienes nada. Tampoco así. En cambio, siempre que miras hacia el reloj el borroncillo negro reaparece.

ELISA

¿Y ahora?

Mira a otro lado.

VICENTE

Ahora, no. ¿Qué podrá ser?

Sus ojos van de una parte a otra inquiriendo la causa de aquella sombra.

ELISA

¿Qué forma tiene?

VICENTE

¡Oh, no puede apreciarse!

CARMEN

Sí, señor, que puede apreciarse. Yo tengo una vista de águila. No te muevas...

ELISA

Me canso.

CARMEN

No te muevas... Veo el reloj; lo que no veo es la silla.

VICENTE

¡Acabáramos! Ese es el reflejo que yo buscaba.

CARMEN

Pero no parece una silla. La sombra es demasiado obscura. Es como si en la silla hubiese alguien sentado.

ELISA

Da un grito

CARMEN

¿Te has asustado?

ELISA

Déjame...

Se separa de sus interlocutores algunos pasos.

CARMEN

¿Tengo yo algo en los ojos, cuando miro al reloj?

VICENTE

No.

CARMEN

¿De verdad?... Ahora, usted. Mire usted para aquí. Nada; no se ve nada.

ELISA

Que ha seguido el diálogo con marcado interés.

Entonces, de los tres, soy yo la que debe morir, porque esa sombra sólo mis ojos la han reflejado.

CARMEN

¡Qué tonta eres!

VICENTE

Bien sabe usted que las pupilas, según su color, reflejan el mismo objeto de diferentes modos, o no lo reflejan.

CARMEN

Además, tú no has visto nada.

ELISA

No importa. Yo me acuerdo de lo que don Miguel ha dicho: la primera

condición para que el fenómeno visual se realice, es que el objeto se pinte en la retina; la segunda, que esa imagen sea bastante precisa, bastante fuerte, para hacer vibrar el nervio que ha de transmitirla al cerebro. Pues bien: la primera de ambas condiciones puede haberse producido: la MUERTE acaso está ahí y se retrata en mis ojos, aunque yo no la vea.

VICENTE

¡No hablará usted en serio!

ELISA

No... y sí... Lo cierto es que tengo miedo.

VICENTE

Es el viaje, son los nervios. Necesita usted descansar. Yo me retiro.

CARMEN

Sus dibujos.

VICENTE

Muchas gracias.

CARMEN

Ahora le diré a usted que, el haberse dejado aquí sus papeles a mí, que soy maliciosa, no me pareció olvido, sino...

VICENTE

¿Intención?

CARMEN

Un pretexto para ver a Elisa otra vez. El amor no sabe esconderse.

VICENTE

Turbado.

¡Oh!

CARMEN

¿Ve usted?

ELISA

No haga usted caso. Adiós, Vicente. Soy su amiga.

VICENTE

Doña Elisa, buen viaje. Carmen, usted y yo hasta mañana tal vez.

CARMEN

Adiós, buenas noches.

ELISA

Desde la puerta del foro.

¡Rosa!...

A Vicente.

Mi muchacha le acompañará a usted. Adiós amigo mío.

Vuelven a estrecharse las manos.

Adiós.

ESCENA VIII

ELISA y CARMEN, después ROSA

CARMEN

Apenas le hablé de tí, se puso colorado. ¿Lo advertiste?

ELISA

Es un bendito.

CARMEN

Se ha enamorado de ti en secreto, como una pastora puede enamorarse de un príncipe. Varias veces me ha dicho: «Aquí es imposible trabajar: estoy tentado de marcharme a América»... Y es con la esperanza de verte.

ELISA

Distraída.

Pobre muchacho.

CARMEN

¡Y no es tonto! Pero para imponerse le faltan facultades, y en cambio le sobran para resignarse a vivir una existencia vulgar. Nunca volará; tampoco sabe arrastrarse. Tiene, pues, el talento estrictamente necesario para ser un gran infeliz.

ELISA

Tengo frío. ¿Quieres que cerremos?

CARMEN

Bueno.

Se levanta y cierra el ventanal.

¿En qué puedo ayudarte?

ELISA

Hay mucho que coser.

CARMEN

Mejor.

ELISA

¿No tenías sueño?

CARMEN

Antes sí; pero me he despabilado.

ELISA

Saca de un baúl varias ropas.

Fíjate; todo esto debo arreglarlo.

CARMEN

Pues manos a la obra.

ELISA

Esta bajera me está larga.

CARMEN

La acortaremos, trae.

ELISA

El vestido de viaje que quiero ponerme mañana, también debo reformarlo. Estoy quedándome muy delgada...

ROSA

Señora, un mozo de la Administración de Transportes pregunta a qué hora deben venir los carros mañana a recoger el equipaje.

ELISA

Dile que a mediodía o antes.

ROSA

Bien, señora.

ELISA

Oye...

ROSA

Mande la señora.

ELISA

¿Dónde está ese hombre?

ROSA

En el jardín.

ELISA

¿En el jardín, o dentro de la casa, en el zaguán?

ROSA

En el jardín, señora, junto a la verja.

ELISA

¿Cómo no han ladrado los perros?

ROSA

A mí también me ha llamado la atención.

ELISA

Los perros no ladran esta noche.

ROSA

No, señora; y cuando don Vicente llegó, tampoco, ni cuando se fué. No sé qué les pasa, que andan como huídos.

ELISA

Cierra bien la reja de la calle. Fíjate, porque antes echaste la llave y el pestillo quedó fuera.

ROSA

Me extraña mucho. Es la primera vez que sucede...,

ELISA

Por eso digo que te fijes. ¿Y Braulia?

ROSA

Está planchando.

ELISA

Dile que se acueste; mañana terminará la faena. Tú acuéstate también.

ROSA

¿Doña Carmen se queda con usted?

CARMEN

Me quedo, sí.

ROSA

Buenas noches.

ESCENA IX

ELISA y CARMEN, cosiendo.

La primera parte de esta escena ha de llevarse con cierta lentitud que ayude a la emoción.

ELISA

¿Te has fijado?

CARMEN

¿En qué?

ELISA

Los perros no ladran esta noche.

CARMEN

Les dolerá la garganta, o no tendrán ganas de ladrar.

ELISA

Dices tonterías: los perros tienen siempre ganas de ladrar, a menos que algo sobrenatural, que sólo ellos ven o presienten, les asuste.

CARMEN

Consejas de pueblo.

ELISA

Y yo lo creo así, precisamente porque el pueblo lo dice. El pueblo sabe cosas que las Academias de Medicina no pueden explicarnos aún. Muchos siglos antes, por ejemplo, de que los médicos empezasen a hablar de «las leyes de la herencia», ya el vulgo creía en el Destino, en la Fatalidad, en los hechos «que están de Dios»... Espera.

Se dirige al ventanal

CARMEN

¿Qué haces?

ELISA

Nada, ver.

CARMEN

¿Has oído algo?

ELISA

Tengo miedo.

CARMEN

Levantándose.

¿Miedo?

ELISA

Temo que, como antes, Rosa haya dejado sin cerrar la verja del jardín.

CARMEN

Parece que está cerrada.

ELISA

Parece... He hecho mal en dejar que Rosa se acueste; Braulia tampoco debia haberse acostado.

Alzando súbitamente la voz.

¡Yo necesitaba que las dos estuviesen aquí!

CARMEN

¿Para qué?

Vuelven a sentarse.

ELISA

Tengo miedo, Carmen; un miedo horrible; un frío que me seca la boca...

CARMEN

¿Pero miedo a qué?...

ELISA

No lo sé, Carmen... Un peligro me amenaza; un peligro... ¡no sé cuál!.. Es como si desde lejos me apuntase un revólver...

Mirándola fijamente.

¡Tú también tienes miedo!...

CARMEN

¿Yo?

ELISA

¿Verdad que se te ha erizado el vello del rostro?

CARMEN

Elisa...

ELISA

Gritando.

¿Has visto algo?

CARMEN

¡Elisa!... ¿Te vuelves loca? ¿Quieres callar?

ELISA

Te has quedado blanca... Tú presientes algo, y no quieres decírmelo. ¡Habla!

CARMEN

Yo no presiento nada; es que tú me asustas...

ELISA

A nuestro alrededor están produciéndose millares de fenómenos que sólo percibimos cuando en los momentos de exaltación nuestros sentidos se superan a sí mismos. Yo atravieso una de esas crisis. Oye... ¿No oyes nada?

CARMEN

No.

ELISA

Abajo, en la cocina; la fuente está goteando; deben de haberla cerrado mal. Ahí tienes un ejemplo de lo que digo: el latir de esa fuente resuena quién sabe desde cuándo, y, sin embargo, yo no lo he advertido hasta ahora. Lo mismo sucede con los ojos: si yo estuviese más excitada, estoy cierta de que vería algo.

CARMEN

¿Qué ibas a ver?

ELISA

No lo sé.

CARMEN

Cállate; vamos a trabajar. Hablemos de otra cosa.

ELISA

El miedo es un hecho real, y casi siempre justificado: tenemos miedo, como tenemos hambre, como tenemos frío... ¿Sabes por qué tengo miedo?

Silencio.

Porque no estamos solas.

CARMEN

¡Oh!

ELISA

No estamos solas; yo te juro que no estamos solas: aquí hay alguien; en esta habitación hay alguien que nosotras no vemos, y ese «algo» es una persona, o el magnetismo de una persona.

Pausa.

CARMEN

¿Te ha escrito Juan Luis?

ELISA

No sabe mi paradero.

CARMEN

¿Ni tienes noticias suyas?

ELISA

No.

CARMEN

Me extraña su silencio.

ELISA

Y a mí.

Pausa.

¿Por qué te has acordado de Juan Luis?

CARMEN

No lo sé. Busco la explicación de tu miedo. Acaso piensas en él sin saber que piensas en él. Yo creo que

debíamos acostarnos. Mañana, con la luz del sol, se te irán de la cabeza esas sombras.

ELISA

Sí, el sol es muy bueno...

Hablando consigo misma.

¡El sol es muy bueno!... ¿Cuándo saldrá el sol?... Carmen, ¿veré yo mañana salir el sol?...

CARMEN

Lo verás muchas veces. Acostémonos, ¿quieres?

ELISA

Acuéstate tú.

CARMEN

Tú también; lo necesitas más que yo.

ELISA

Necesito acostarme, ¿verdad? Dormir... profundamente, como si durmiese en la tierra...

Abstraída.

¡Nadie sabe si esta emoción tan rara que siento dentro de mí, es la voz de la Tierra!...

CARMEN

Tienes fiebre... tienes fiebre...

ELISA

Tengo fiebre, es posible... porque mis mejillas queman. ¡Si yo, con la fiebre, pudiese ver algo!...

Como si desvariase.

¿Para qué quieres que nos vayamos a acostar? No adelantaríamos nada. En cualquier lado me sucedería lo mismo. El Destino está a nues-

tro alrededor y sobre nosotros. Nuestros días están contados. Si mi última hora fuese llegada, adonde quiera que me escondiese, la Muerte iría a buscarme.

Pausa.

¿Por qué me has hablado de Juan Luis?... Su recuerdo es quizás un milagro telepático; puede haber una asociación entre ese hombre y mi miedo. Carmen... yo estoy enferma...

CARMEN

Enferma, no; fatigada; muy fatigada.

ELISA

Yo estoy enferma; yo me voy a morir.

CARMEN

Calla.

ELISA

Carmen, llama a Rosa.

CARMEN

¿Con qué objeto?

ELISA

Llama a Rosa, pronto... ¡Llámala!

CARMEN

La llamaré.

ELISA

Llama también a Braulia.

CARMEN

Bueno.

Quiere dirigirse al foro.

ELISA

¡No, no me dejes! No te separes

de mí, Carmen. Tengo miedo. Dame la mano... fuerte...

CARMEN

¿Cómo voy a llamarlas entonces?

ELISA

No; ya no las llames; no es preciso; contigo tengo bastante. ¿Eres tú, verdad?... Carmen... abre el ventanal.

CARMEN

Hace frío.

ELISA

No importa: ábrelo... ábrelo...

CARMEN

Te hará daño.

ELISA

Ábrelo, para que se vaya lo que hay aquí. Abre las ventanas, para que se marche el embrujamiento. Es decir... Si está escrito que yo muera, aunque las ventanas se abran el embrujamiento no se irá. Quédate...

Cae en una especie de sopor. Puede hallarse sentada y Carmen de pie, junto a ella, sosteniéndola.

CARMEN

Nunca la he visto así.

Silencio.

ELISA

Con los ojos cerrados.

Carmen...

CARMEN

¿Qué quieres?

ELISA

¿Se ha ido ya esa mujer?

CARMEN

¿Qué mujer?

ELISA

Una que estaba ahí antes.

CARMEN

Aquí no hay más mujeres que nosotras.

ELISA

Había otra mujer, que no hablaba. Yo no me atrevo a abrir los ojos por miedo a verla.

CARMEN

Puedes abrirlos; no hay nadie.

ELISA

¿Qué hora es?

CARMEN

Las nueve y media.

ELISA

¡Qué bien me siento!

CARMEN

Aparte.

Está ardiendo.

ELISA

Ya no oigo gotear la fuente.

CARMEN

Procura levantarte. Ven...

ELISA

Carmen... ¿cuándo saldrá el sol?...

Suena el timbre del teléfono.

¿Eh? ¿Qué sucede? ¿Qué sucede?

Despertando.

CARMEN

Llaman al teléfono.

ELISA

¿Quién?

CARMEN

Voy a ver.

ELISA

Me había quedado dormida, ¿verdad?

CARMEN

Sí.

ELISA

Y he soñado algo...

CARMEN

Al teléfono.

¿Quién? ¿Quién llama?...

ELISA

En voz baja.

No digas que estoy.

CARMEN

Comunicando.

¿Cómo?... Sí, señor: Villa-Eugenia. ¿La señora?... No ha cenado aquí y seguramente no volverá esta noche; ya es tarde. ¡Ah!... No sé... La señora tiene muchas amigas; ¿cómo quiere usted que lo sepa?

ELISA

¿Es hombre o mujer?

CARMEN

Hombre.

ELISA

Que diga su nombre...

CARMEN

Sí, señor; la doncella.

Hace gestos a Elisa para que calle.

Rosa, sí, señor. ¿No lo cree usted?... No le extrañe a usted; hay teléfonos que desfiguran mucho la voz, y éste es de esos.

Ríe.

Le repito a usted que soy Rosa; puede usted creerme... o no creerme... a su gusto. Gracias, gracias... Es verdad: doña Elisa cena fuera y no dormirá aquí. Con amigas, sí, señor. No puedo decírselo a usted,

porque no lo sé. ¿Cómo? No, señor: no lo sé; pero, aunque lo supiese, no lo diría... ¡Naturalmente!...

ELISA

Su nombre.

Va a coger el otro auricular, pero retrocede repentinamente.

CARMEN

Por eso, porque soy discreta, me guarda la señora a su servicio. Dígame usted su nombre. ¿Para decírselo a la señora?... ¡No, señor, puesto que doña Elisa no está aquí!... Para decírselo mañana. ¿Ah, no puede usted?... No veo la razón. Aunque ella no le conozca a usted personalmente, ¿qué importa?... Como usted guste. La fecha del viaje aún no está determinada, no, señor; lo mismo puede ser dentro de dos días

que la semana próxima. Bien... bien...

Termina la comunicación.

ELISA

¡Juan Luis no será!...

CARMEN

Es raro que ese hombre diga que tú no le conoces, y que él, sin embargo, conozca a Rosa. Porque quien sea decía que mi voz no era la de Rosa, lo que prueba que ha hablado con ella diferentes veces.

ELISA

Debíamos haber llamado a Rosa.

CARMEN

No había tiempo. Yo creo que junto al otro teléfono se ha desenvuelto una escena semejante a la desarro-

llada aquí. Tú me apuntabas lo que yo tenía que decir, y allí, sin duda, ocurría lo propio. Ese hombre que hablaba conmigo lo hacía por cuenta ajena; su voz era indecisa: una voz de criado.

ELISA

¡Oh, si fuese Juan Luis!... Pero... ¡si no es posible!... ¡No es posible!...

El timbre del teléfono vuelve a sonar.

CARMEN

¡Calla!

ELISA

¿Voy yo?

CARMEN

No.

ELISA

¿Por qué no?

CARMEN

No, no.

ELISA

Ve tú, entonces.

CARMEN

Tampoco.

El timbre repiquetea largamente.

Quien llame supondrá que yo me he acostado y no tengo ganas de molestarme.

ELISA

¡Qué calma!

CARMEN

Déjale; ya se cansará.

Silencio prolongado.

ELISA

Yo me desespero. No acudir a un teléfono que nos llama, es como recibir una carta y no leerla.

CARMEN

¡Pero seamos lógicos! Si no esperas noticias de nadie, ¿para qué responder?

ELISA

Desgraciadamente todo no es lógico.

CARMEN

Todo.

ELISA

Y si lo es, no lo parece. Precisamente los sucesos que más influyen en nuestra vida se hallan al margen de la lógica. La solución de las

cosas que parecen insolubles, lo trae lo imprevisto.

CARMEN

¡Algunas veces!

ELISA

Ahí está por qué la segunda vez que llamaron al teléfono yo hubiese ido a ver quién era: «porque no sabemos nada.»

Han vuelto a sentarse, disponiéndose a reanudar su costura.

CARMEN

¿Y si lo dejásemos para mañana?

ELISA

¿Tienes sueño?

CARMEN

Tengo frio, miedo: me has transmitido tu miedo de antes.

ELISA

Vámonos.

Rápidamente se dirige al ventanal y mira.

El jardín está lleno de luna. ¡Qué obsesión! ¿Dónde estarán los perros?

CARMEN

Podemos coser todavía un rato en la alcoba.

ELISA

Como quieras.

CARMEN

Allí ha de parecernos que estamos más seguras. Mira lo que llevo.

Coge el costurero, la falda bajera y el traje de viaje de Elisa, y hace mutis un instante por la derecha.

ELISA

Siempre junto al ventanal.

¿Dónde estarán los perros?... ¡Qué silencio!...

Pausa.

CARMEN

¿Qué estás meditando? ¿Vámonos?

ELISA

Vámonos.

CARMEN

Cerraremos también aquí.

Se dirige a la puerta del foro.

¿Y la llave? ¿No tiene llave esta puerta?

ELISA

Sí.

CARMEN

¿Dónde está?...

ELISA

Ahí... puesta... ¿No?...

CARMEN

No.

ELISA

¿Cómo?

CARMEN

Mira.

ELISA

¡No está! No lo comprendo. ¡Parece cosa de brujería!...

CARMEN

Es igual; vámonos.

ELISA

Carmen, me muero de miedo.

CARMEN

¿Otra vez?... No empieces como antes.

ELISA

Yo no le tengo miedo a los vivos, sino a los muertos. ¡Carmen!... Esta noche, en esta casa, hay un maleficio.

Apaga la luz.

CARMEN

Signándose.

En el nombre del Padre... del Hijo...

ELISA

Dentro de esta casa, esta noche, hay un maleficio.

Salen por la derecha y cierran la puerta.

ESCENA X

LA MUERTE, sola, inmóvil.

Apenas Elisa y Carmen se van, la escena vuelve a iluminarse. Pausa de medio minuto cuando menos.

ESCENA XI

ELISA, CARMEN; después JUAN LUIS

CARMEN

Por la derecha.

¿Pero habías dejado encendida la luz?

ELISA

¡No! O quizás... ¿Oyes?...

CARMEN

Es una aprensión tuya.

ELISA

Ahora...

CARMEN

Es el viento, mujer.

ELISA

Son pasos.

CARMEN

Te digo que es el viento.

Avanza.

ELISA

Son pasos... pasos de hombre...

CARMEN

No oigo nada.

ELISA

Ahora... abajo... en la escalera...

CARMEN

Será Rosa.

ELISA

¡No... no!...

Hipnotizadas por el peligro se dirigen hacia el foro. Bruscamente retroceden.

¡¡Oh!!...

CARMEN

¡¡Oh!!...

JUAN LUIS

Emocionadísimo.

Perdonen ustedes.

ELISA

¡Juan Luis!...

JUAN LUIS

Perdonen ustedes... Perdone usted, Carmen...

ELISA

¿A qué vienes?

JUAN LUIS

Perdona... Hace un momento llamé aquí por teléfono, desde el Casino; es decir, quien llamó fué un empleado del Casino... y me respondió una voz que ahora comprendo que es la de usted.

CARMEN

Fuí yo.

JUAN LUIS

Refiriéndose a Elisa.

Temeroso de que ella se negara a recibirme, no quise declarar mi nombre. «Mañana iré a verla»—pensé.—Como usted dijo que el viaje de Elisa no era inmediato...

CARMEN

Es cierto.

ELISA

Colérica.

Pero, ¿a qué vienes aquí?

JUAN LUIS

Espera.

ELISA

Necesito saber qué quieres aquí.

JUAN LUIS

Espera; déjame explicarme un momento...

A Carmen.

Las palabras de usted me habían tranquilizado; pero en el Casino, varias personas a quienes interrogué discretamente acerca de ti, me ase-

guraron: «Doña Elisa se machra mañana.» Un caballero allí presente, que es director de una Agencia de Transportes, agregó: «Yo he quedado con esa señora en mandar recoger su equipaje mañana a mediodía». Entonces volví al teléfono con propósito de decir a ustedes, de decirte... mi nombre, y pedirte permiso para venir... Pero llamé, llamé... y nadie me contestó.

ELISA

Con el gesto de una sospecha.

¿Cómo has entrado?

CARMEN

¿Cómo ha entrado usted?

JUAN LUIS

No me lo explico.

ELISA

¡Oh, ya sé!

CARMEN

¿Qué?

ELISA

Aquí hay una traición. ¡Oh! ¡Rosa me ha vendido!

JUAN LUIS

No, Elisa, te equivocas.

ELISA

Rosa me ha vendido; no es posible, si no...

JUAN LUIS

Rosa no sabe nada, a Rosa no la he visto. Yo preguntando a unos transeuntes y a otros por las señas de tu calle, he llegado hasta aquí.

Quise llamar tirando del cordón de la campanilla, pero la campanilla debe de estar rota.

CARMEN

A Elisa.

Es verdad. Sería el primer ruido que oimos.

JUAN LUIS

Probé entonces a abrir la verja, y ésta cedió. Entré. Dos perros que al principio se habían acercado un poco, huyeron. Crucé el jardín, y al ver luz en este ventanal, supuse que te hallabas aquí.

CARMEN

¿Y la puerta de abajo?

JUAN LUIS

La puerta de abajo, la de la casa,

también estaba abierta. No lo entiendo. Todas las puertas que podían haberme estorbado, las he encontrado abiertas. Es como si alguien hubiese ido caminando delante de mí.

ELISA

Tú lo has dicho.

Sibilina.

«Como si alguien hubiese ido caminando delante de ti...» Yo te esperaba.

JUAN LUIS

Receloso.

Tú...

ELISA

Yo presentía algo; yo sabía que me amenazaba algo esta noche... Pero no sabía que eras tú ese dolor.

JUAN LUIS

Tímido.

Yo deseo hablar contigo.

ELISA

Nada tenemos que decirnos.

JUAN LUIS

Deseo hablar contigo, Elisa.

ELISA

Nada; todo quedó hablado.

JUAN LUIS

Suplicante.

Necesito hablar contigo, Elisa. Pronto te irás, y ya no volveremos a vernos.

ELISA

Juan Luis, para nosotros no queda ni una sola palabra nueva.

JUAN LUIS

Te lo ruego.

ELISA

Vete...

JUAN LUIS

Te lo ruego.

ELISA

Vete. ¡Oh!...

JUAN LUIS

Por lo que me quisiste, si me quisiste algo, óyeme. Te lo suplico; óyeme. Hace cerca de medio año que nos separamos, y tengo sed... ¡sed!... de hablar contigo. Elisa, es un momento... son unas palabras, unas cuantas palabras, que me queman la boca.

ELISA

Vete, Juan Luis.

JUAN LUIS

Te lo suplico mil veces, y otras mil y otras mil... ¿No sabes que, tratándose de ti, no tengo vanidad?

Todo esto lo dirá sordamente y con bien reprimida violencia.

Carmen, interceda usted por mí... Interponga usted su influencia para que me oiga.

CARMEN

A Elisa.

¿Por qué no?

JUAN LUIS

Y en seguida me iré, Carmen...

ELISA

A Carmen.

Pero ¿para qué?... ¿Para qué?..

JUAN LUIS

Yo se lo juro, Carmen: en seguida me iré.

CARMEN

A Elisa.

Ya le oyes...

JUAN LUIS

Besando las manos de Carmen.

Gracias, Carmen, gracias... ¡Elisa!...

ELISA

A Carmen.

¡Ah!... ¡Si es horrible!

JUAN LUIS

Elisa...

ELISA

Es un sufrimiento inútil... ¡inútil!...

JUAN LUIS

Carmen, dígala usted que no la haré sufrir; dígala usted que no me tenga miedo, que no he de hacerla daño... Pero ¿cómo había de hacerla daño?...

CARMEN

Bien lo sé.

JUAN LUIS

¿Cómo había de hacerla daño, si es mi corazón?

CARMEN

Para que hablen ustedes, yo les dejo solos unos momentos.

JUAN LUIS

¿Tú oyes, Elisa? ¿Tú consientes que se vaya Carmen?

CARMEN

Cuando hayan ustedes arreglado sus cuentas, me llaman.

JUAN LUIS

¿Tú ves qué buena es Carmen?

CARMEN

A Elisa.

Vamos.

A Juan Luis.

No la haga usted sufrir.

Juan Luis la sigue con los ojos. Carmen sale por la derecha y dejando la puerta entornada.

ESCENA ÚLTIMA

ELISA Y JUAN LUIS

ELISA

¿A qué vienes?... ¡Otra vez aquí, delante de mí, como una barrera!... ¿A qué vienes?

JUAN LUIS

¡A verte!

ELISA

¡A verme!

JUAN LUIS

Sí, nada más. . A verte...

ELISA

Pero ¿qué quieres? ¿Qué pretendes?

JUAN LUIS

Verte. Yo sólo quería verte, Elisa; así... Como te veo ahora.

Reparando en los baúles.

¡Qué a tiempo he llegado!...

ELISA

¿Y para qué?

JUAN LUIS

No lo sé.

ELISA

Di, ¿para qué?

JUAN LUIS

No sé... Yo no sé nada.

Como en éxtasis.

ELISA

Sabes, al menos, que entre nosotros todo acabó.

JUAN LUIS

Sí, puesto que tú lo dices.

ELISA

¿Entonces?

JUAN LUIS

No importa. Aunque hubieses amotinado la ciudad en contra mía, aunque hubiera sabido que me exponía a ser arrastrado por las calles, hubiese venido. La Fatalidad puede más que nosotros. Yo necesitaba verte, Elisa...

ELISA

Con impaciencia y odio.

¡Oh!

JUAN LUIS

El recuerdo de tu figura, es la única luz que durante estos últimos seis meses ha llenado mis ojos. ¡Ah! Tú ignoras el horrible tormento de no pertenecernos, de no ser amos de nosotros mismos; el tormento de tener el centro de gravedad de nuestra alma en otra persona. Toda nuestra vida interior desaparece: no podemos pensar, no deseamos nada; nuestro corazón es como un juguete roto: tratamos de colocarlo bien y se cae; volvemos a levantarlo y se vuelve a caer.

ELISA

Todo eso lo sé tan bien como tú; ¡mejor que tú!...

JUAN LUIS

Yo creo que no; te engañas, Elisa;

tú de esto no sabes nada... y si algo aprendiste fué muy poco. Cuando nos separamos tuviste la discreción, la voluntad, el egoísmo, debiera decir...

ELISA

Dilo, si quieres.

JUAN LUIS

De recobrar tu alma herida, magullada, como estuviese, como salió de mis manos... ¡no discutamos eso!... Pero la recobraste y te fuiste con ella: mientras yo perdí la mía... Hay dentro de mí algo muy grande, algo sagrado que se ha roto, y sin lo cual no puedo vivir. Es un vacío, y el vacío es la muerte. Tu egoísmo consiste en defenderte de mí, en huirme, y mi egoísmo consiste en

buscarte y ganarte otra vez, porque sin ti no vivo...

Pausa.

No te vayas, Elisa... ¿Por qué me dejas?... ¿No comprendes que aunque batalles mucho por olvidarme no lo conseguirás? ¿No comprendes que el pasado no se va nunca, sino que marcha a nuestro lado, y de consiguiente, que nuestra historia la tendrás constantemente delante de ti, y en ella estarás mirándote siempre como en un espejo?... Perdóname, Elisa; si te hice sufrir, si algún día fuí contigo celoso, violento, injusto y cruel, fué porque te adoraba. Tú lo sabes: tu amor ha sido para mi carne, como para mi pensamiento, locura, fanatismo, tempestad, infierno: en mi frente era sombra, en mis entrañas era hoguera, en mis manos era caricia y amenaza criminal a la vez... Per-

dóname, Elisa. No te vayas, no me dejes, no me dejes solo con esta horrible sed de ti... Quédate... quédate, mi paraíso, mi jardín... quédate a mi lado, canción de mi vida... ¡mi Elisa!... ¿No comprendes que por mucho que te alejes, por muchos caminos que recorras, por muchos países que visites, tus pies, que yo he besado tanto, irán andando siempre, siempre, sobre mi corazón?

ELISA

No es posible, Juan Luis.

JUAN LUIS

¡Una tregua!

ELISA

No es posible.

JUAN LUIS

¡Elisa!...

ELISA

Todo cuanto puedas decirme me lo he dicho yo. Pero el perdón es una flexibilidad del espíritu, que se gasta pronto... Y mi alma, que endureció el sufrimiento, ha perdido la gracia de olvidar.

JUAN LUIS

Y ahora sólo habla en ti el orgullo.

ELISA

No es orgullo, sino cansancio, lo que hay en mí. Por eso no te perdono, porque no puedo; y no es mi orgullo ni el recuerdo de cuanto me hiciste padecer lo que me lo impi-

den, sino el cansancio de mi corazón.

JUAN LUIS

Un cansancio que es obra mía, ¿verdad? Sí, fuí para ti un miserable, un verdugo... ¡Pero si supieses cuánto he sufrido! ¡Te fuiste!... ¡Ah!... ¿Dónde buscarte?... He tenido momentos de vértigo en que extendía sobre mi mesa los atlas de las cinco partes del mundo, y furioso comenzaba a golpearlos y a preguntarles a gritos tu paradero. Era como si hubieses muerto... y yo le preguntase a toda la tierra por ti... Y tras estos arrebatos de exaltación llegaba la duda, fría, que me traspasaba el pecho como una espada: «Elisa no me quiere. ¿Por qué no me quiere? ¿Es que quiere a otro?...» Y entonces sentía remordimientos de no haberte ahogado.

ELISA

Te reconozco. ¡Ah, qué bien te reconozco en ese grito...

JUAN LUIS

¡Oh, perdóname!... Te perdí y dejé de trabajar, y el reposo huyó de mí. A la vez, mi lecho y mi corazón se quedaron vacíos. Yo he pasado noches y noches sin dormir... ¡yo he querido matarme!... Elisa... no vuelvas a dejarme solo...

ELISA

Sí, para bien de los dos.

JUAN LUIS

No lo hagas.

ELISA

Es necesario, para bien de los dos.

JUAN LUIS

No lo hagas... no podría resistirlo... perdería el juicio...

ELISA

Nuestra historia ha concluído, Juan Luis, y de cuantos tormentos pudiéramos causarnos el uno al otro, este de la separación es el menor... Porque si antes, amándonos los dos, tuve que dejarte, ahora que no te amo... ¿cómo volver a unirnos?...

JUAN LUIS

¡Oh!

Llora.

ELISA

Tú conoces mi historia: después de aquella pasión que me arrancó del hogar de mis padres, me consa-

gré al trabajo: quería ser famosa, y el arte era para mi, a la vez, placer y redención. Era mi Jordán. «La gloria lo disculpa y lo limpia todo» —pensaba. Así, haciendo de mi cuarto del teatro celda de convento, viví cuatro años... ¡hasta que tú llegaste!...

JUAN LUIS

Elisa...

Quiere besarla las manos.

ELISA

No, no... aquella Elisa murió ya, Juan Luis; la mataste tú; ¿de qué te quejas, si la mataste tú?... Te hablo sin rencor... pero también te hablo sin afecto. No te he engañado nunca, Juan Luis: ni cuando te decía mi cariño, ni ahora al declararte mi desamor. Ya no te quiero, ni podré

jamás volver a quererte. Nada, al morir, muere tan definitivamente como nuestro corazón; en un corazón, Jesús no podría repetir el milagro de Lázaro...

JUAN LUIS

Monologueando.

¿Es posible?... ¿Es posible que todo haya concluído?

ELISA

Todo. Bastante destrozaste mi vida. Separémonos. Sólo te pido olvido. No me estreches más, no me cerques más... quiero descansar... ¡Oh!... Descansar...

Con decisión brusca.

Sí, ea; hay que decirse adiós... ¿Verdad?

JUAN LUIS

No puedo... no puedo, Elisa...

ELISA

¡Oh, acabemos de una vez!...

JUAN LUIS

Tengo miedo a quedarme solo...

ELISA

¡Acabemos!...

JUAN LUIS

Tengo miedo a quedarme sin ti. No me eches de tu lado...

ELISA

¡Ah! ¿Por qué has venido?... Había renunciado al teatro para que nunca descubrieses mi escondite, y no sé cómo la Fatalidad te trae otra vez...

JUAN LUIS

Sombrío.

Tú lo has dicho: hay en todo esto una fatalidad.

ELISA

Exaltándose.

Yo sabré destruirla. Para ello me basta recordar... me basta buscar en lo que mi alma ha sufrido, un poco de hiel.

JUAN LUIS

¡Calla, Elisa!...

ELISA

Tus celos salvajes...

JUAN LUIS

Elisa, ¡no!...

ELISA

Tu empeño en aislarme, en separarme de mi arte y guardarme para ti solo.

JUAN LUIS

Elisa...

ELISA

Tu ahinco en destruir mis anhelos de idealidad, de lucha, de gloria, para convertirme en tu hembra...

JUAN LUIS

¡Elisa!...

ELISA

En tu esclava...

JUAN LUIS

Te quería...

ELISA

En un ser encerrado, pasivo y miserable.

JUAN LUIS

Siempre me parecía que alguien iba a robarte.

ELISA

Tú me has insultado, me has vejado, me has maltratado mil veces de palabra y de obra...

JUAN LUIS

¡Calla!...

Llorando y furioso.

ELISA

¡Sí, sí, sí!... Pateastes sobre mi vida hasta hacerla pedazos... ¡y aún sueñas que he de volver a ti!... ¡Vete,

Juan Luis!... ¡Vete!... ¡Vete!... Yo te lo ruego... ¡Vete!... ¡Te lo mando!... ¡Vete!

Exaltándose por momentos.

JUAN LUIS

Yo me iría, Elisa...

ELISA

¡Vete!... ¡Es mi odio el que te echa de aquí...

JUAN LUIS

Por momentos más sombrío.

Sí, después de lo que acabas de decir... que es algo irreparable... yo me iría...

ELISA

Sí, vete... por Dios... ¡Vete!...

JUAN LUIS

Yo me iría; pero si no puedo... si parece que mis pies han echado raíces...

Mirando a su alrededor.

Perdóname. Yo, cuando supe que estabas aquí, no quería venir... ¡Te juro que no quería venir; me moría por verte y no quería volver a verte!... No lo entiendo, pero es así. ¡Lo juro!... Y, sin embargo, he venido; vine como si algo invencible me empujase o me arrastrase de la mano. Y ahora—¡te lo juro también!—ahora quisiera marcharme, y no puedo... ¡No puedo!...

Gritando.

¿No ves que no puedo?

ELISA

La Fatalidad es una palabra. Te lo ruego: vete...

JUAN LUIS

No, Elisa; la Fatalidad no es una palabra; la Fatalidad existe y está a nuestro lado; la Fatalidad está aqui, en esta habitación. Ella me trajo; ella es la que ahora no me deja marchar...

ELISA

Con un presentimiento repentino.

¡Oh!

Intenta dirigirse a la derecha.

JUAN LUIS

¿Dónde vas?

ELISA

Ya hemos hablado bastante.

JUAN LUIS

¿Vas a llamar a Carmen?

ELISA

No es correcto dejarla sola tanto tiempo.

JUAN LUIS

No la llames aún.

ELISA

Déjame, sí.

JUAN LUIS

No la llames aún.

ELISA

¿Por qué?

JUAN LUIS

Aguarda, Elisa... Mírame...

ELISA

¿Qué me miras?..,

JUAN LUIS

No sé...

ELISA

¿Qué tengo en los ojos?...

Gritando.

¡Déjame pasar!...

JUAN LUIS

Por Carmen.

No la llames aún...

Cierra la puerta.

No la llames aún... aún no... espera... No la llames aún...

ELISA

¿Qué más vas a decirme?

JUAN LUIS

Nada... ¿Qué es esto?

ELISA

Márchate entonces.

JUAN LUIS

¡Si no puedo!... ¿Qué es esto?... Tengo aquí, en la frente, como un peso... como una sombra... que nunca he tenido.

Pausa.

Es como si estuviera poniéndose el sol...

Otro silencio.

Algo terrible va a resolverse entre nosotros, Elisa. Yo no quisiera hacerte daño... No quisiera asustarte...

ELISA

¡Habla de una vez!

JUAN LUIS

Estamos presos en una especie de

horrible dilema: si yo me voy, me muero; dejarte es suicidarme... ¿Mi muerte no te importa?

ELISA

Quiero que te vayas, no sé más; quiero que me dejes...

JUAN LUIS

¿Y si yo, puesto que me condenas a muerte, te matase?

ELISA

¿Me amenazas?

JUAN LUIS

No es amenaza, Elisa; es...

ELISA

Di; no te temo; antes, sí, te temía; cuando tú eras el amo. Ahora, no... ¡Habla! ¡Habla!...

JUAN LUIS

Exaltándose.

¿Pero crees que he sufrido tanto para dejarte así?

ELISA

¿Y yo?... ¿Crees que voy a consentir que vuelvas a encadenarme las manos?...

JUAN LUIS

Elisa...

ELISA

Como tú rompiste mi carrera, así he roto yo tu cárcel. Ya no soy artista; yo soy una pobre mujer que busca reposo y un poco de honor para su pasado. Yo me voy a América, donde el padre de mi hijo me aguarda.

JUAN LUIS

¡Oh!... ¡Elisa!... ¡No!...

ELISA

¿Habías olvidado que tenía un hijo?

JUAN LUIS

¿Y te vas con ese hombre?

ELISA

¿Con quién mejor? Ese hombre que me abandonó y fué un miserable para mí, ahora, arrepentido, me ha pedido perdón y yo le he perdonado. Entre él y yo se han cruzado cartas y me espera: él comenzó mi historia; él la desenlaza. Es el padre de mi hijo y yo le quiero porque es bueno y noble... y porque voy a ser su mujer.

JUAN LUIS

¡No te irás, Elisa!

ELISA

Es fatal, Juan Luis. Mi hijo está llamándome desde el otro lado del mar. ¡Me iré!

JUAN LUIS

¡No te irás!

ELISA

Me iré, sí.

JUAN LUIS

Te mato antes. ¡Dios mío! ¡Siento que voy a matarla, que voy a matarla, a matarla... Y no quisiera... y no quisiera!...

ELISA

Con horror súbito.

¡Ay!

JUAN LUIS

Te mato; no irás con él... ¡Dime que no irás con él!... ¡Dilo!... ¡¡Dilo!!

ELISA

¿Pero piensas que huí de tu lado para volver contigo?

JUAN LUIS

¡Con él, no!... ¡Ni con nadie!... ¡Pero con él menos que con nadie!... ¡Con nadie!... ¡Oh!

ELISA

¡Con él toda mi vida!

JUAN LUIS

Te mato.

ELISA

No, no me matarás, no te atreverás a matarme... ¡Suelta!...

JUAN LUIS

Te mato.

ELISA

Aterrada.

¡¡Carmen!!

JUAN LUIS

Trata de asirla por el cuello.

¡Te mato!

La Muerte se levanta, y reposadamente avanza hasta colocarse al lado de Juan Luis, aunque no muy cerca; y luego, según los incidentes de la lucha, le acompañará de un lado a otro, siempre muy despacio.

ELISA

Ve a la Muerte.

¡Socorro! ¡Esa mujer!... ¡¡Mira!!

A partir de este momento, Elisa, más que de Juan Luis se preocupa de la Muerte, y es de ella de quien quiere huir.

¡Esa mujer! ¡Esa mujer! ¡Déjame!... ¡Me ahogo!... ¡Juan Luis, defiéndeme!... ¡Me ahogo!... ¡Aire!... ¡Defiéndeme de esa mujer negra!... Está a tu lado... ¡Juan Luis, defiéndeme de la mujer negra!...

Juan Luis mira diferentes veces en torno suyo, pero no ve a la Muerte.

CARMEN

Dentro.

¡Elisa! ¡¡Socorro!!

JUAN LUIS

Ahogando a Elisa contra el suelo.

¡No te irás con él... no te irás con él!... ¡No te irás con él!...

ELISA

¡La Muerte!... ¡La Muerte!... ¡La Muerte!...

Expira.
En el mismo instante la Muerte se arrodilla sobre ella, cubriéndola con su manto, y a través del velo la besa en los labios. Juan Luis se incorpora, mira a todas partes, como loco, y para huir mejor apaga la luz. Desaparece por el foro. La Muerte, entre tanto, permanece inmóvil. El escenario queda sin otra claridad que el pálido resplandor lunar que baña el ventanal.

CARMEN

Dentro.

¡Elisa!... ¡Elisa!...

Pausa.

¡¡Elisa!! ¡¡Ay!!

Lanza un grito y se la oye caer al suelo, desvanecida.

En el reloj suenan las diez. A la quinta campanada comienza a bajar el telón.

TELÓN LENTO

Madrid, Noviembre 1915.

	Pesetas
Obras completas, por Manuel Linares Rivas.—Tomo I: *La Cizaña, Aire de fuera, Porque sí.*—Tomo II: *El abolengo, María Victoria, Lo posible.*—Tomo III: *La estirpe de Júpiter, Cuando ellas quieren..., En cuarto creciente*, cada tomo	3,50
Tapices viejos, por Eduardo Marquina	3,50
Frente al mar, por José López Pinillos (Parmeno)	3,00
Coplas, por Luis de Tapia	2,50
Don José de Espronceda: su época, su vida y sus obras, por José Cascales Muñoz	4,00
La Política de Capa y Espada, por Eugenio Sellés	5,00
La Negra, por Pedro de Répide	1,00
El horror de morir, por Antonio de Hoyos y Vinent	1,00
La Garra (segunda edición), por Manuel Linares Rivas	3,00
Barrio Latino, por Federico García Sanchíz	3,00
La espuma del champagne, por Manuel Linares Rivas	3,50
La guerra palpitante	3,00
Una mancha de sangre, por Joaquín Belda	1,50
El Monstruo, por Antonio de Hoyos y Vinent	3,00
La Cocina racional, por Magdalena S. Fuentes	3,00
Mi Venus, por Joaquín Dicenta	1,00
Fantasmas, por Manuel Linares Rivas	3,00
Fatal dilema, por Abel Botelho, tomo I	2,50
Años de miseria y de risa, por Eduardo Zamacois	3,50
Presentimiento, por Eduardo Zamacois	1,50


HISPANIA



